

UMBERTO ECO

Los límites de la interpretación

(Traducción de Helena Lozano)

Barcelona, Editorial Lumen, 1992, 404 pp.

El autor de *Apocalípticos e integrados*, partiendo del concepto de 'interpretación' propuesto por Peirce, y del que se ha servido a lo largo de sus estudios semióticos (*Tratado de Semiótica General, Lector in Fabula, Semiótica y Filosofía del lenguaje*, e incluso *De los Espejos*), continúa indagando sobre los propios límites de esta categoría justo 30 años después de haber abierto la brecha con el 'jarro de agua fría' al *establishment* de la crítica que supuso *Obra abierta*.

La primera sección del libro trata el problema de la interpretación desde la óptica de la crítica literaria de las últimas décadas. Apelando al papel de la recepción en toda obra artística, Eco realiza la distinción entre interpretación semántica de todo texto (significación lineal del escrito atendiendo exclusivamente a su significado) y la interpretación crítica o semiótica, lugar en el que se dirimen las razones por las que alguien concede un tipo de interpretación y no otro (donde, por ejemplo, los textos con función estética poseen ambos tipos de interpretación a la vez). Saliendo en defensa del sentido literal del texto según su intención *in situ*, acaba concluyendo que toda lectura de una obra de arte resulta de la conjunción de la intención por sí misma de ésta y de la intención del lector en un perfecto equilibrio de fuerzas, dejando al autor en una órbita aparte de intencionalidad.

En la segunda sección, apelando a las razones históricas de la interpretación (e invocando agudamente desde Copérnico hasta Newton, desde Bacon hasta Jung), vincula la práctica interpretativa de los textos a las relaciones que gobiernan la dependencia micro-macrocósmos (reconstruyendo todo un paradigma de la 'semejanza' que ha obrado históricamente, por lo que se basa en la lógica de la cantidad –que no de la cualidad– para describir el mundo, según la frecuencia de uso con que en una



tradición se ha dado un hecho literario). Al tiempo que afirma la pluralidad de sentidos interpretativos, niega que todos sean igual de eficaces o válidos: “Hablar de límites de la interpretación significa apelar a un *modus*, esto es, a una medida” (p. 64). Analizando el discurso alquímico, dice ser éste un modo ingenuo y pre-científico de concebir la naturaleza; encuentra el problema de este discurso en la pluralidad de cosas que dice, diciendo realmente una sola, lo cual lo hace impenetrable.

En la tercera sección, reafirma el proceso de semiosis ilimitada establecido arbitrariamente por una serie de reglas de conexión que, en todo caso, tienen su marco en la legitimación de una historia cultural que configura, modula y envuelve en unos parámetros al receptor, quien establece un amplio número de conexiones para crear su/s sentido/s, según la competencia promovida por el mismo texto, ateniéndose a los criterios de la ‘economía’ a la que todo texto se ajusta; y es en este equilibrio lógico donde Eco establece el campo de batalla de la interpretación y sus difíciles límites. En esta misma sección, escrita en un tono jocosos, integra textos que son continuación de una agria polémica nacida en el *Archiginnasio* boloñés con su contrincante Luciano Nanni; Eco no escatima improperios y acusaciones hacia quien llama abiertamente –eso sí– su ‘enemigo’, defendiéndose de las acusaciones lanzadas por Nanni de tratar de imponer reglas a la interpretación artística. En otro apartado se ocupa de la metáfora de un significado no precisamente literal por ser éste una falsedad referencial (que llama “enciclopédica”), al quedar atrapado en toda una tradición que lo revalida día a día; la metáfora se sostiene por nuestra experiencia interior del mundo y con el soporte de nuestros procesos emocionales, lo cual impone unos límites obvios de interpretación a ésta. Reserva un lugar para analizar parejas de términos como verdad/falsedad, identidad/diferencia, llegando a la conclusión de que todos se definen en función de unos a otros, por lo que la identidad se pone en evidencia muchas veces.

En la última sección se centra en el concepto de interpretación ilimitada peirceana. La pragmática es el campo reciente de la crítica donde, efectivamente, dada su capacidad de relación con las demás áreas vecinas –semántica, sintaxis...–, éstas dan claves amplias para la posible interpretación. Asimismo, Eco no deja pasar la crítica deconstruccionista lanzada por Derrida a la interpretación, la cual es sometida a un riguroso examen. Desde un punto de vista filosófico el problema de la interpretación consiste en establecer las condiciones de interacción entre un individuo y un constructo delimitado por ciertas reglas y construcciones que le afectan en la base de su creación, por lo que no es nada frívolo el apartado aparentemente retórico y literario en el que Eco se entrega a su imaginación para crear un diálogo entre un hombre y un ordenador llamado Charles Sanders Personal –tampoco el apelativo es coincidencia– planteando cuestiones puntuales a una criatura creada a razón del modelo de semiosis ilimitada; y, por ello, dota a tal engendro de unas conexiones mínimas con el mundo sensible. Partiendo Eco de la propuesta de semiosis virtualmente



ilimitada, tal como expusiera Peirce, y haciendo que nuestros fines cognoscitivos receptores organicen, encuadren y reduzcan esta serie infinita en unos límites lógicos, no pretende tanto sojuzgar la ilimitabilidad de la semiosis como evidenciar que no lo es y que no puede ser tal; por ello, viene a decir que no se puede evidenciar la mejor interpretación de un texto, pero sí al menos es posible refutar las equivocadas; lo cual, ya de por sí, siempre supone poner límites.

Si hace tres décadas *Obra abierta* sentaba las bases del funcionamiento artístico en la relación con el intérprete, abriendo así unas vastas expectativas y llegando a ser todo un revulsivo para determinados sectores de la cultura occidental, condicionando precisamente la función estética a su 'apertura' hasta el infinito de las interpretaciones, en *Los Límites de la Interpretación*, habla la voz del viejo profesor, retomando el mismo tema desde perspectivas variadas, más calibrador, prudente y menos impulsivo, con la sabiduría que da la distancia y el paso del tiempo. ¿Eco 'conservador' como él mismo invoca tratando de curarse en salud, o Eco sojuzgador? Lo bien cierto es que a no pocos habrá decepcionado.

VIRGILIO TORTOSA
Universitat de València